

## Indalecio Prieto, hoy

Seguramente la actualidad de este gran español provenga, más que de la conmemoración de su centenario, de la vigencia de sus planteamientos en la política del actual Gobierno de la nación. Los críticos y comentaristas de la actividad de éste así lo testimonian y es razonable asentir a sus juicios, aunque se tenga la sospecha de que tal circunstancia más que a una filiación histórica responda a unos fuertes condicionamientos de tiempo y lugar que la lúcida mente del socialista asturiano intuyera e incluso bosquejara en los últimos años de su existencia cuando la teoría predominó en él sobre la praxis. Son conocidas, más por vía oral que por escrita, sus rechiflas acerca del marxismo y, en especial, de su fundador. Con ellas, sin embargo, se acercaba esta figura legendaria del PSOE al formulador de aquél cuando afirmaba «que él no era marxista». Es decir, opinaba Prieto que fuera del marxismo había salvación y, sobre todo, que en la biología histórica existe amplio espacio libre del enfoque y la visión marxista. La evolución del socialismo en los países capitalistas tras la segunda guerra mundial así lo evidenció al dar lugar a una socialdemocracia, que tuvo en Prieto un Moisés hispánico. En las conferencias y debates

celebrados estos meses en torno a su biografía tal ha sido la cuestión esencial. Por nuestra parte, la cedemos de buen grado a los escolásticos de su partido, tan celosos al menos como los medievales y sus secuaces posteriores en excluir un personaje que, siempre fiel a sus principios y trayectoria, rompía la malla de toda clasificación para convertirse en uno de los políticos «nacionales» que ha tenido este país, en todo momento muy escaso de ellos. Es éste precisamente el punto sobre el que quisiéramos enjuiciar nuestra breve glosa. En una época como la restauración de la Segunda República, en la que el santonismo y el puritanismo hipócrita guardaban en los usos políticos una presencia hoy casi inimaginable, Prieto quebraba todos los esquemas al buscar zonas neutras de convivencia y amistad con enemigos y adversarios. Su capacidad, mejor diríase espontaneidad, para las relaciones públicas llegó a ser célebre. No obedecía ello a ninguna estrategia que no fuera la manifestación de un espíritu capaz de conjugar el arraigo y las convicciones con la transigencia hacia las personas. Ello hizo de él la persona posiblemente mejor informada del país en los años de la Segunda República, en los que llegó a tener un servicio particu-

lar de noticias no superado por los estatales ni por agencia alguna. Lamentablemente para la causa que él defendiera este caudal informativo se desperdició por motivos ajenos a su voluntad. La facilidad para atraer simpatías y sintonizar con medios y ambientes muy dispares no sirvió sólo a un pragmatismo de buena ley, sino, como decíamos, para abrir también avenidas de diálogo y entendimiento en un mundo político hispido e irrespirable en ocasiones por su dureza e inflexibilidad. Rebajar, no obstante, su estatura pública y moral a la de un maniobrero o componedor equivaldría a manchar su limpia memoria. El que José Antonio, Martínez Barrios o el propio Lerroux —no muy amistado con él— realizaran su elogio y defensa desde posiciones hartamente distintas entre sí y distantes de las de él, da idea del sentido nacional que privó en toda su actuación frente a cualquier otra consideración. Apasionado, fácil de verbo y acerado de dialéctica, don «Inda» fue sorprendentemente un político y, sobre todo, un escritor imparcial. La poblada galería de sus retratos de prohombres y artistas coetáneos que figuran en sus obras lo demuestran palmariamente. El propio Lerroux, de quien conocía al emitir alguna de sus opiniones su itinerario durante la contienda del 36 y la década siguiente, no sale excesivamente malparado de su pluma, que rindió sincero homenaje a las dotes tribunicias del caudillo radical.

Claro es que esta nota podría tacharse de apologista si se recuerda su enfrenamiento con Negrín. A pesar de las últimas y muy solventes investigaciones de un excelente conocedor de nuestra historia más reciente, «el oro de Moscú» continúa siendo un capítulo polémico

de ella al que resulta muy difícil de aproximarse con ánimo sereno. Probablemente no lo hizo don «Inda» por causas, en verdad, asaz comprensibles. Pero, no obstante, su severa sentencia sobre la gestión en el tema desplegada por el médico canario en su condición de ministro de Hacienda y de presidente del último Consejo de Ministros republicano, la etopeya que traza de él la pluma prietista no es la de un espíritu mezquino. No existe en ella ni rencor ni menos todavía odio. La actitud un tanto altiva y acaso en exceso ofendida que mostró ante aquél al negarse en el exilio a toda clase de requerimiento para entrevistarse y echar pelillos a la mar tuvo la noble penitencia del resquemor que aquélla le produjo a Prieto una vez fallecido don Juan.

Por muchos motivos es, pues, contemporánea y viva la figura de aquel gran luchador de la causa del proletariado, cuya defensa le encontró siempre en la primera línea de la linotipia periódica, de la tribuna parlamentaria, de los despachos ministeriales y hasta alguna vez de los propios frentes bélicos. Dentro de su mismo partido y de la política general de su tiempo fue un *outsider*, una figura atípica. El que hoy se la vea como la de un precursor y se la imagine por las más jóvenes generaciones desde parámetros de absoluta normalidad y afinidad es prueba concluyente de la madurez de la sociedad española en algunos puntos y demostración irrefutable de los progresos en ella de la democracia, en la cual contempló Prieto no la meta final del triunfo del proletariado, sino su punto de partida.

J. M. C. T. \*

\* Catedrático de la Universidad de Córdoba.